

Jean-Paul Didierlaurent

Conversaciones

con mi enano de jardín





Seix Barral Biblioteca Formentor

Jean-Paul Didierlaurent
Conversaciones
con mi enano de jardín

Traducción del francés por
Adolfo García Ortega

Título original: *La Fissure*

© Éditions Au diable vauvert, 2018

© por la traducción, Adolfo García Ortega, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Canciones del interior:

pág.: 71 © *Highway to Hell*, 1979 J. Albert & Son Pty Ltd, interpretada por AC/DC

Primera edición: junio de 2019

ISBN: 978-84-322-3530-6

Depósito legal: B. 11.710-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

En el arte de la tala, la cuña de caída es el corte en V practicado en el tronco de un árbol para determinar la trayectoria de su derribo. Por ínfima que sea, esa cuña orienta el desplome del tronco al desequilibrar todo el árbol hacia el lado pretendido. Echar abajo un gigante verde sin llevar a cabo ese acto preliminar puede resultar muy peligroso. Por lo general, cualquier leñador dominiguero, cuya ignorancia iguala a su necedad, lo empieza haciendo así, con los riesgos que ello comporta y el resultado contrario a sus pretensiones. Una vez cortado, el árbol, no contento con quedarse sujeto a sus demás compañeros por las ramas, puede oscilar un buen rato antes de elegir a su conveniencia el lugar de la caída, que puede saldarse con el aplastamiento de un vehículo, la destrucción de un cobertizo o la pulverización del porche del vecino, con tal de salir fugazmente en un *gag* de YouTube, siempre y cuando el cuñado, cámara en mano, no haya olvidado apretar el botón de grabar en el momento del accidente y la aventura no acabe simplemente con el despachurramiento del talador novato y de su petardeante cacharro.

Al igual que los árboles, los seres humanos necesitan una cuña de caída para que se decante el proceso de derrumbe. Puede presentarse bajo diferentes formas, imprecisas o no, provocadas o no, a veces violentas, a menudo imprevisibles. Un fallecimiento inesperado en la familia, un embarazo no deseado, la aparición de un tumor minúsculo en un pecho, una infidelidad, una carta de despido que llega por correo, un accidente de carretera durante las vacaciones, una factura de más y, en fin, tantas otras gotas susceptibles de hacer desbordar el vaso. Puede, sin embargo, adoptar una apariencia más sutil y mostrarse como una inofensiva trivialidad.

La de Xavier Barthoux le fue revelada la hermosa y soleada mañana de un sábado de julio, mientras desayunaba en la terraza de su casa de campo en compañía de su media naranja. La jornada se preveía radiante. Para empezar, despertado por el trino de los pájaros, Xavier había contemplado desde la cama cómo los rayos del sol que se filtraban por las persianas recortaban franjas de luz brillante sobre el parqué de roble. Había disfrutado más de lo normal del agua de la ducha que empapaba su cuerpo. El espejo empañado del cuarto de baño le había ahorrado la visión del feo michelín que cubría su cintura de quincuagenario. Tras secar el cristal a la altura del rostro, se había atusado satisfactoriamente el bigote y había sonreído a su imagen allí reflejada. Tenía cierto parecido a Stacy Keach, según su mujer. Fuera, el aire era de una limpidez excepcional y la temperatura, entre el frescor de la noche y el calor del día, suave a más no poder. El contacto de las baldosas de la terraza con la planta de los pies, el aroma que exhalaba el bol de café, el periódico aún prisionero de la faja que lo envolvía, el reloj de la iglesia que daba alegremente las ocho, cada cosa de ese inicio de jornada

contribuía a su bienestar. Hasta había conseguido untar de mantequilla los biscotes sin romper ni uno solo, lo cual era un hecho lo suficientemente raro como para ser tenido en cuenta. Incluso *Bella*, la chihuahua echada a sus pies a la espera de un óbolo de su amo, no perturbaba la armonía general con sus agudos ladridos y se limitaba a ofrecerle una mirada de chorreante amor. Dos largos días de *dolce far niente* entre lecturas, siestas, paseos y aperitivo de cena romántica, lejos del frenesí de la semana, del curro y de sus obligaciones. Y mientras la modorra de ese inicio de fin de semana en el campo tomaba lentamente posesión de su cuerpo y de su espíritu, Xavier Barthoux pensó que era el hombre más feliz del mundo.

Nada habría ocurrido si él se hubiera contentado con saborear su felicidad manteniendo la nariz dentro del bol, arrullado por los jadeos de la perra y la logorrea matinal de su esposa, y si en aquel momento no hubiera levantado la cabeza para contemplar la pared que tenía enfrente. Quizá solo habría bastado con que la parra, esa jodida parra que nunca acababa de engullir el enlucido rugoso de la casa y que él tenía que contener dos veces al año a base de buenos tajos de poda, una en primavera y otra en otoño, le hubiese ocultado la anomalía bajo su tupida vegetación para que nada de lo que ocurrió hubiera ocurrido.

El caso es que su mirada se posó precisamente en el sitio más ralo de cuantos la parra dejaba entrever la pared desnuda. Xavier se atragantó y tosió durante más de un minuto hasta enrojecer para expulsar la miga de biscote que, debido a la sorpresa, se le había quedado atascada en la garganta. Con el rostro escarlata, bebió un vaso lleno de zumo de naranja para extinguir el incendio en su gazonate antes de volver a fijar su atención en la fachada.

—¿Qué es eso? —balbuceó para sí mismo más que para su mujer.

—¿Qué es qué?

Xavier se secó el bigote con la servilleta, se levantó sin dejar de mirar la cosa y caminó hasta la pared forrada de vegetación llevándose la silla, bajo la mirada atónita de su esposa y seguido como su sombra por la perra, cuyo trasero se meneaba de excitación ante la perspectiva de un paseo matinal. Se subió a la silla, apartó el follaje y pegó la nariz contra el enlucido para efectuar un examen meticoloso. Lo que había percibido unos segundos antes quizá no fuera más que una ilusión óptica, el resultado desafortunado de un juego de luz y sombra sobre la superficie irregular del enlucido, pero quería cerciorarse. Intrigada, Angèle Barthoux, de soltera Lacheneuil, se había levantado también y se había acercado a su marido.

—¿Qué hay ahí?

Ignorando la pregunta de su esposa, acarició con la punta del índice el relieve rugoso de la pared. La yema del dedo vino a confirmar sus temores. Xavier torció el gesto.

—¡Mierda!

Expulsada con el aliento, la palabra expresaba toda su decepción. Al ver a su amo subido a la silla, la perra brincaba ladrando nerviosamente. Ante el desasosiego repentino de su marido, Angèle repitió la pregunta:

—¿Qué hay ahí?

—Mira —le dijo apartando el follaje.

—¿Qué?

—La pared. ¿Qué ves en la pared?

—Pues la parra.

—Sí, la parra, de acuerdo, ves la parra —concedió él con indulgencia—, pero olvida la parra. Debajo de la parra, ahí, ¿qué ves debajo de la parra?

—Pues el enlucido, veo el enlucido.

—Vale, ves el enlucido, de acuerdo, ¿y qué más? ¿Qué ves encima del enlucido? —insistió Xavier poniendo el dedo en la grieta.

Empezaba a perder la paciencia.

—Haz un esfuerzo, Angie.

—Una raya, veo como una raya —alegó ella mirando fijamente a su marido con ansiedad.

—Exacto. Solo que no es una raya, querida. No, no es una raya, es una grieta, una puta grieta, ni más ni menos. Joder, no me lo puedo creer.

Ese lenguaje grosero alertó a su mujer. No era habitual que Xavier lo empleara, salvo cuando hacía bricolaje o veía un partido de fútbol por la tele. Se puso las gafas de media luna colgadas a perpetuidad de su cuello para hacer un examen más exhaustivo. La fisura era muy real. Una grieta de apenas el grosor de un cabello recorría la fachada por encima de la puerta vidriera a la altura del dintel para desaparecer detrás del entramado de ramas y de hojas. Detectar esa grieta en la pared de su casa de campo a primera hora de la mañana de un fin de semana que se anunciaba bajo los mejores auspicios era como descubrir en un rostro de una belleza sin tacha una fea cicatriz disimulada bajo el maquillaje. En otra época, Xavier Barthoux quizá la hubiera asumido sin inmutarse, limitándose a relativizar la desagradable sorpresa y así olvidarla y pasar a otra cosa, pero esa magnífica mañana de sábado de julio, esa grieta constituía la más vil de las afrentas. La casa, esa casa por la que había sacrificado sin medida su tiempo y su dinero, lo traicionaba. Había sudado sangre y agua para hacer de esa ruina una cómoda casa de campo, había invertido sus vacaciones, sus fines de semana, y las ciento sesenta y ocho mensualidades que

hubo que reembolsar para pagar el crédito concedido para su adquisición se habían llevado una gran parte de sus ahorros. Justo cuando el mes pasado había abonado la última letra, mira por dónde va la casa y le regala esa grieta como agradecimiento. Su mujer interrumpió sus reflexiones.

—¿Es grave?

Él se rio burlescamente.

—¿Que si es grave? Cariño, en albañilería las fisuras son como las arrugas en los humanos. La aparición de la primera anuncia las siguientes.

—¿Y qué puedes hacer?

—¿Que qué puedo hacer? Por de pronto, empezar por arrancar esta parra, con el fin de ver un poco más claro. De todos modos, teníamos que habernos deshecho de esta especie de verruga hace tiempo. Es un auténtico nido de bichos.

—Ah, no, Xav, mi parra no —se opuso Angèle Bar-thoux, apoyada por *Bella*, que ladró su descontento.

Siempre había aborrecido el diminutivo que utilizaba su esposa cuando la poseía la euforia o se veía contrariada, pero nunca se había atrevido a confesarle su aversión.

—Es la que da el encanto a la casa, no puedes hacer eso —insistió su mujer—. Seguro que hay otro medio de reparar tu pared sin arrancar mi parra.

Tu pared, mi parra, siempre esa enojosa costumbre de distribuir actas de propiedad para cada cosa acoplándole un posesivo. Propensión puramente capitalista heredada de su querido padre, pensó Xavier. Cuando se tiene por progenitor a un administrador de bienes cuya religión es el liberalismo y la biblia el índice bursátil, no es de extrañar que posea un agudo sentido del verbo *tener*. Tu taller, mi biblioteca. Mi cocina, tu coche. Mis flores, tu

jardín. Tan solo su hijo Axel escapaba un poco de la regla, a quien consideraba cada cual de su propiedad según las circunstancias. Mi hijo es bachiller, tu hijo ha perdido el tren. Mi hijo toca el piano, tu hijo ha perdido las llaves. En cuanto a la grieta, cuya visión tanto daño le hacía, Xavier no dudó ni por un instante que le iba a corresponder a él de pleno derecho. Se daba por descontado que cualquier fisura en una pared corresponde de pleno derecho al dueño de dicha pared. Su casa de campo se podía contar entre las pocas cosas sobre las cuales Angèle usaba habitualmente un «nuestro» común. El revestimiento vegetal que recubría la pared norte había sido el causante, hacía catorce años, del flechazo de su esposa por la casa. Iban peinando las carreteras secundarias de las Cevenas cuando, a la salida de un pueblo llamado Alzon, aquella fachada tan verde le había saltado a la cara. Un SE VENDE medio desteñido por la intemperie destacaba en el letrero colgado del pórtico de entrada. Ante las súplicas de su mujer, había dado media vuelta y había aparcado el coche en el arcén. Habían empujado la verja de hierro forjado corroído por la herrumbre y penetrado en el terreno baldío. Una maraña de maleza anegaba el suelo. Pese a su estado de avanzado deterioro, el caserón tenía, sin embargo, su gracia. Angèle Barthoux se había acercado a cada ventana accesible para echar un vistazo al interior sin escatimar elogios del fabuloso potencial de la ruinosa casa. Enseguida se había puesto a hacer planes, empleando toda su energía en involucrar a su esposo en ellos, a pesar de los intentos de este por refrenar el entusiasmo de su media naranja.

- Demasiado cara.
- Negociaremos.
- Demasiado vieja.

—Reformaremos.

—Demasiado lejos.

—Por el puente de Millau nos plantamos en casa en menos de tres horas.

—¿Tú nos ves viniendo aquí cada fin de semana?

—Nos veo aquí muy bien.

—¿Y mi gimnasio? No me apetece ir entre semana al gimnasio.

—Escucha, aquí podrás hacer deporte por todas partes.

Habían tomado nota del número de teléfono escrito torpemente en la parte inferior del anuncio. Luego ella le contó a su padre el proyecto de adquisición, y él le dio, además de un pequeño adelanto de su herencia, su bendición como especialista en bienes inmuebles. Menos de dos meses más tarde, la pareja tomaba posesión de las llaves y se entregaba en cuerpo y alma a las obras. Desbrozamiento, limpieza, fontanería, aislamiento, embaldosado, reparación de la techumbre, sustitución de ventanas, construcción de la terraza. Al final, Xavier había disfrutado con la realización de tan vasta obra, incluso sentía una especie de adicción a ese tajo al que volvía cada fin de semana. Embrutecerse físicamente los sábados y domingos le permitía purgar su mente de las preocupaciones semanales. Su mujer había tenido razón. La casa en sí se había convertido en su gimnasio, un gimnasio de casi doscientos mil euros de entrada.